

á las casas de la ciudad: es probablemente el primer ejemplo de bombardeo. Puede creerse que no se inspiró en la crueldad, porque el pillaje despues de un asalto era un azote más cruel que un bombardeo. El resultado no se hizo esperar más de dos días: aplastados los burgueses bajo las ruinas de sus casas, hubieron de capitular (1); Herlin y su hijo, capitanes de milicias municipales, fueron entregados. «Cuando estaban en prosperidad, los reverenciaba la muchedumbre como si hubieran sido señores de la ciudad; pero luégo que estuvieron presos, los mismos que los habían puesto en juego, les tiraron la primera piedra, y el inconstante populacho que solía llamarlos protectores de la libertad, llamábalos traidores y autores del desastre» (2). Los dos fueron ahorcados con Peregrin de la Grange. Todavía fué más ruda la represión con los rebeldes de las cercanías de Amberes.

En Amberes estaba el príncipe de Orange, el cual veía con la misma inquietud los inconvenientes de la insurrección que los de la sumisión. Abandonado por Egmont, no creía prudente entregarse á Brederode y á sus *perdidos* que formaban un simulacro de ejército en el castillo de Vianen. Un cuerpo de sus tropas comandado por Marnix de Tolosa, hermano de Marnix de Santa Ildegonda, acampaba en las praderas del Escalda, bajo los muros de Amberes, en Austruwel, constanding de unos mil ochocientos hombres impropios para las armas, lo que se pudo recoger en los muelles de una plaza marítima, con capitanes recientemente escapados de las manos del verdugo, como Juan Renault «que tenía una pierna dislocada,» ó como el llamado «Príncipe de los enamorados» (3), todos ellos adornos de horca» (4). Hacían también correrías para saquear las casas de recreo. Pero una mañana vieron caer sobre su campamento de Austruwel al conde de Beauvoir, que salió la noche anterior de Bruselas con las compañías de ordenanza. Ni siquiera se defienden: Marnix se hace matar y son pasados á cuchillo mil quinientos de los suyos. Beauvoir se dispone á volver á Bruselas con trescientos prisioneros. En las dos horas que dura esta matanza, la jóven esposa de Marnix recorre las calles de Amberes, desgrefñada, dando alaridos y consiguiendo sublevar al pueblo. Los protestantes de la

(1) El 23 de marzo de 1567.

(2) Pont. Payen, tom. I, pág. 327.

(3) *Corresp. de Guillermo*, tomo II, prólogo, pág. 116.

(4) *Ibid.*, pág. 126.

ciudad fuerzan las puertas, cerradas por orden del príncipe de Orange y se precipitan sobre la caballería de Beauvoir para venir en ayuda de su gente «que habíamos despachado ya,» dice Beauvoir. Al ver el movimiento de ataque «manda Beauvoir matar á todos los prisioneros, orden que no bien se dió cuando quedó ejecutada» (5). Llamados á la prudencia en vista de la matanza, vuelven á sus muros los habitantes de Amberes, cierran las puertas y acusan de traición al príncipe de Orange, pero se calman ante su serenidad y elocuencia. Es uno de los más admirables ejemplos de lo que puede el prestigio de un hombre. En esta falsa situación entre los aliados, á quienes deja exterminar á su presencia y los enemigos cuyas bravatas tolera, el príncipe de Orange conserva su imperio sobre los burgueses de Amberes y se da buena maña para salvar su popularidad: sólo se ve obligado á sacrificar sus hábitos de disimulo. Para sostenerse en este momento crítico tiene que ofrecerse abiertamente como jefe de la resistencia á España, abrazando la religion luterana «porque, dice (6), desde la cuna fuí educado en estas creencias: mi padre vivió y murió en ellas, habiendo extirpado en sus señoríos los abusos de la Iglesia.»

Esta facciosa conversión hubo de llegar á oídos de la regenta. Cuando se atrevió á condenar la ilegalidad de las levadas de tropas y de la violación de los privilegios de Valencienno: Es cosa singular, exclamó (7); ¡puede el populacho levantarse para cometer desmanes, y no podrá levantarse el rey en armas para tenerlos á raya! Supo probarle que la autoridad había vuelto más firme á sus manos y que no temía ya ponerlas en la obra de la represión. Habiendo sabido que un predicante había congregado á sus adeptos en un campo cercano á Malinas, envió allá á su preboste con algunos jinetes, los cuales se trajeron presos al predicante y siete campesinos al castillo de Vilvorde; los demás, hombres y mujeres, habían emprendido la fuga. El predicante «se arrepintió con muchas lágrimas y suplicó que le perdonasen la vida, pero con todo este arrepentimiento no pareció que convenia perdonalle y así ordenó Madama que le ahorcasen en el mismo lugar donde había predicado, y así se hizo con gran contentamiento de todos los católicos (8).»

(5) Pontus Payen.

(6) *Apología*. Véase Dumont, *Cuerpo diplom.*, t. V, parte I, página 392.

(7) *Corresp. de Guillermo*, tom. II, pág. 312.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1507, Armenteros á Alava, 14 feb. 1567.

Sabia la princesa regente que podía contar desde entónces con el apoyo de la nobleza toda, salvo Orange y Brederode; que estaba dominada toda resistencia; que merecería bien del soberano menudeando las medidas de rigor: y sin embargo, contrajo gran mérito en haber acogido las ideas de templanza y conciliación en los momentos en que podía creer que le eran lícitas todas las violencias. Un documento curioso prueba muy bien la vía en que no quiso empeñarse.

El embajador de España en Francia don Francés de Alava le dió el parabien por haber sabido reprimir las intenciones de insurrección (1).—Ellas permiten, decía, reducir á los súbditos á una sumisión que no han conocido los predecesores de Madama y que venimos preparando hace mucho tiempo. Es preciso poner la mano encima de los servidores enmascarados que vos conocéis bien: podeis por el momento disimular con ellos y dejarles creer que el rey tiene en estima sus acciones y que les debe la sumisión de los Países Bajos. Si teneis repugnancia á la ficción, habeis de considerar que las circunstancias y el interés del rey exigen estos sacrificios de palabras. El rey ha empleado estos artificios con Montigny y Bergues, que han venido á él, y está decidido á no dejarlos volver más, como quiera que preferiría perder todos sus estados á dejar de imponerles un castigo ejemplar.

El rey, en efecto, no se ha dejado ablandar por el triunfo de la regenta: si su paciencia aplaza siempre la ejecución, no por eso está ménos firme en su idea de una condenación irrevocable. La suerte de los cinco jefes de la aristocracia está decidida de muchos años atrás (2); ya están en Madrid Montigny y Bergues bajo la mano de los extranguladores; pero una fría prudencia retarda la ejecución para que no se escape ninguno de los condenados. El odio por tanto tiempo aplazado se encubre y disimula hasta para la regenta, para ella sobre todo, que no comprende la necesidad de suprimir la aristocracia.

Margarita hubiera querido simplemente ligar á los señores á la autoridad real por medio de

un solemne juramento; y de suyo les hizo jurar «servir y emplearse contra todos segun y como ordene la regenta sin limitación ni restricción» (3).—Este juramento, contesta el de Orange, me comprometería á hacer cosas que pudieran ser contra mi conciencia ó el servicio del país.—Jurad, sin embargo (4), le dice Egmont que ha acudido á Willebrock; jurad: donde no, atraeréis una invasión española y causaréis la ruina de la patria.—¡Bah! exclama Ludovico de Nassau. Los españoles no pueden llegar este año: tenemos tiempo para ponernos en pié de defensa, esperando que comience la danza (5).—Pobre de vos mismo, dice tristemente Guillermo á Egmont, sobre vos pasarán los españoles para entrar en nuestra patria (6). Despues se trasladó á Alemania para preparar la resistencia armada (7).

Esta partida y la completa sumisión de Egmont dejan en fin á la regenta aquella autoridad absoluta que tanto deseaba. Brederode se retira á Alemania, donde muere. «Todas las ciudades vienen con la cuerda al cuello,» escribe Noircarmes (8) y reciben guarniciones; los sospechosos van á la horca ó al remo (9); se arrasan los templos protestantes; el populacho de Amberes victorea á la regenta que entra en la ciudad con mil doscientos walones, restablece el culto de la Virgen y somete á nuevo bautismo á los niños bautizados por los ministros. El país está dominado.

#### V.—Destitución de la regenta

Hacia muchos meses que Felipe II anunciaba su intención de trasladarse á los Países Bajos á la cabeza de un ejército para imponer la obediencia. Falta á su espíritu flexibilidad de tal manera que no puede reconocer la inutilidad de este esfuerzo, despues del triunfo obtenido por la regenta: obstínase en proyectos preconcebidos y sigue ciegamente la línea de conducta trazada de antemano, sin ver adonde lo lleva hasta el día en que descubra que no es necesaria la matanza. Es la gran catástrofe del reinado. No procede de error de juicio, sino de un

(3) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. III, pág. 44.

(4) *Correspondencia de Guillermo*. «Lo que mantenía con firmeza el conde de Egmont debía hacerse.»

(5) Colec. de Groen, tom. II, pág. 309.

(6) *Correspondencia de Guillermo*, tom. II, prólogo, pág. 158.

(7) Abril de 1567. Las palabras de conde sin cabeza y príncipe sin tierra son una amplificación reciente. La idea es la misma sin embargo. El príncipe de Orange la formuló también despues del desastre. «Si no hubieran malbaratado sus vidas, habríamos evitado que volvieran los españoles.» Ms. Rec. of. n.º 1078, del 9 abril 1567.

(8) *Correspondencia de Guillermo*, tom. II, prólogo, pág. 161.

(9) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 546.

(1) Ms. Rec. of. núms. 875 y 1230, sir Henry Norris to the queen, 24 may 1567. Esta carta parece haber sido ignorada de los historiadores belgas. Fué interceptada por los franceses, descifrada y comunicada á los ingleses. Nuestro embajador en Madrid hace conocer, lo mismo que Norris, el robo de la cifra de la embajada española, y refiere el furor de Alava y de la horrible mutilación que hizo sufrir al secretario sospechoso de esta infidelidad.

(2) La carta del duque de Alba es del 21 oct. 1563. *Doc. inéd.* tom. XXVI, pág. 489.

vicio del alma. A Felipe II no lo engaña el olvido de la famosa máxima: *Quieta non movere*; él ha turbado voluntariamente lo que caía en reposo. No se ha creído con el derecho de aprovecharse del triunfo paciente y de la blanda autoridad de Margarita; ha juzgado que estaba en el deber de castigar los agravios hechos á Dios, ántes de la pacificación, y que podía gozar del gusto de destruir á los que contra él se habian prevalido de sus juramentos y de las leyes. Margarita no comprendía ni este deber de castigar ni este gusto de vengarse. Se la denuncia por haber dejado que se escapara Brederode y por seguir con demasiada deferencia los consejos de Egmont «que protege á Brederode y á los pícaros,» dice Alava infatigable en esto de vigilar á la regenta desde su embajada de París.

La regenta estaba orgullosa de haber restablecido su poder; no tenia que temer á Orange con sus luteranos alemanes ni á Coligny con sus calvinistas franceses, como quiera que podría oponerles una resistencia nacional, la guardia walona y brabanzona, al mando de Egmont, el afortunado soldado de Gravelinas, de Hornes, de todos los jefes que se habian librado del destierro y sus miserias esforzando su celo en servicio de la regenta. Los reformados «eran apaleados en las calles,» con aplauso del populacho, que decia que ellos eran los pícaros que habian traído aquellas vacilaciones (1). Pero Felipe no quiere olvidar nada de lo pasado, y se propone matar á los que lo han importunado con sus alegres entradas, confiscar los tesoros acumulados, prohibir el comercio que mantiene relaciones con países corrompidos: quiere que se le tema á él y á Dios.

Pero probablemente no tuvo jamás la intención de encargarse él mismo de esta tarea, bien que en su correspondencia de la época no cese de mencionar sus preparativos de viaje. Como Tiberio en circunstancias análogas, habla á menudo de su partida, elige á los que han de acompañarlo, prepara el equipaje, engaña á los confidentes más íntimos (2). La causa de este fingimiento, que no fué nunca bien comprendida, ha de buscarse en una carta, escrita por Antonio de Mendoza que estaba en Nancy, al lado de la duquesa de Lorena.

(1) Colec. de Paillard, tom. IV, pieza 92.

(2) Tácito, *Annal.*, tom. I, pág. 47. «Ceterum ut jamjamque iturus, legit comites, conquisivit impedimenta, adornavit naves; mox hiemem aut negocia varie causatus, primo prudentes, dein vulgum, diutissime provincias fefellit.»

Mendoza, como Alava, estaba en el secreto del castigo premeditado hacia cuatro años, y comprendió que las tropas destinadas á ejecutarlo debían ser consideradas como una escolta de honor de la real persona para no espantar á los culpables, evitando así que se pusieran en cobro. Si el ejército sólo sirve de cortejo al rey, no puede ya ser causa de inquietud ninguna. El duque de Cleves, la duquesa de Lorena, todos los príncipes están alarmados, escribe Mendoza al rey, por la venida de un ejército á los Países Bajos, ya pacificado (3). «La duquesa viuda me comunicó esta carta y me preguntó qué le respondería; díxeme se certificase la venida de V. M... Me han preguntado si dexará de traer armada V. M. pues todos los rebeldes le piden misericordia; yo he dicho que la gente que V. M. trae es para la guarda de su persona.»

Las medidas tomadas en España eran en verdad sospechosas. En cuanto llegó la flota de las Indias (4) con cuatro millones y medio de escudos en oro y plata, «grandes riquezas de perlas, pedrería y drogas para teñir de carmesí,» mandó el rey tomar el cargamento y guardarlo «en lugar seguro para su servicio.» Había impuesto un derecho de medio real sobre las barajas que se vendían á cuarenta y cinco maravedises; tomado á préstamo de los Fugger quinientos cincuenta mil escudos, ochocientos mil del genovés Grimaldi y negociado otro préstamo de seiscientos mil en Castilla y Aragón, de dos millones en Nápoles y Milan, y otro millon por cuenta del clero (5). Había puesto en venta por dos mil y tres mil escudos los oficios de corregidor (6). Pero no precipita nada: lo que quiere hacer lo hará, á la hora en que esté dispuesto. En vano le escribe Margarita: Ahora que la autoridad está más asegurada que en tiempo del emperador (7), quiere el rey honrar con ella á otros: para mí sólo han sido los trabajos y los peligros (8). El rey ha decidido que el duque de Alba vaya á los Países-Bajos. El ejército está reunido: la flota de Doria anclada en los puertos... el rey no parte; no cesa de anunciar su partida; designa al duque

(3) Ms. Arch. nac. K. 1508, pieza 20, Mendoza al rey, 31 mayo de 1567.

(4) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 482, Fourquevaux al rey de Francia.

(5) Era el renta del escusado ó diezmo impuesto por el rey y no por el clero en la más rica parroquia de cada diócesis; la sustitución del cura por el rey. V. Alberi, tom. XIII, Tiepolo, 1563, y t. XIV, Donato, 1573.

(6) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 439, *Corresp. de Fourquevaux*.

(7) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 532.

(8) *Ibid.* pág. 523.

de Alba como caudillo del ejército que debe acompañarlo; le da la orden de ponerse en marcha. A esta noticia Margarita exclama en una carta íntima dirigida á su hermano (1): Para el bien de este país, para la reputa-

cion é intereses del rey ninguna lección podía ser más funesta. Ese hombre es de tal modo aborrecido por la población que él solo bastaría para hacer odiosa á toda la nación española.

## CAPITULO XI

### EL PRÍNCIPE DON CÁRLOS.

PRIMERAS DOLENCIAS DE DON CARLOS.—ENFERMEADES Y DEMENCIA.—PRISION DEL PRÍNCIPE.—SU MUERTE

#### I.—Primeras dolencias de Don Carlos

«No se ofrece otra cosa de nuevo más que la princesa continuó su preñado con salud hasta que ayer á media noche plugo á nuestro Señor alumbrarla con bien de un hijo» (2). En estos términos textuales tuvo á bien Felipe II, siendo mozo, anunciar á Carlos V que su primera mujer María de Portugal acababa de dar á luz al príncipe Don Carlos. Cuatro días después moría la joven reina y la noticia de este fatídico alumbramiento corria con la de las exequias (3). Criado el príncipe en el retiro y sujeto á una vida sedentaria, no ofrecía ninguna resistencia á las *fiebres cuartanas* que envenenaban los reales sitios y creció enteco con un hombro muy alto y una pierna muy corta (4). Su retrato, hecho por Sanchez Coello (5), lo representa pálido, con la cabeza inclinada y los ojos apagados.

«El pobre príncipe es tan pequeño y está tan estenuado, escribe el embajador de Francia que lo vió á la edad de cuatro años durante los festejos nupciales de Felipe II é Isabel de Valois (6), y va debilitándose tanto de hora en

hora, que los más doctos en esta corte le dan pocas esperanzas de vida.» Fué á saludar á la reina, su madrastra *muy extenuado* (7) con las manos ardorosas por el calor de la fiebre (8). Sus médicos no conocían más remedio que la sangría y favorecían sabiamente la consunción de la fiebre debilitándolo más. Su padre se contentaba con decir: «Ha estado con calenturas, pero con haberlo sangrado está con mejoría» (9).

El príncipe luégo que tuvo diez y seis años fué trasladado á Alcalá de Henares para probar la influencia de un clima más saludable; y por espacio de dos meses parecía haberse librado de sus fiebres (10). Pero una tarde (11) cayó de cabeza por una escalerilla oculta por donde solo y á escondidas intentó bajar á un jardín á ver á una moza, hija del conserje, que no le pareció mal, «y probablemente persiguiéndola» (12). Fué recogido con una gran contusión en la sien izquierda y una parálisis en la pierna derecha.

Curado de primera intención fué sometido el mismo día al régimen de sangría y purga; el día siguiente le sacaron ocho onzas de sangre; el día sexto purgáronlo de nuevo (13) sin poder

(1) Esta carta del 12 de julio de 1567 está en italiano. La regenta escribía en francés la mayor parte de sus cartas, y empleaba el italiano para las confidencias y comunicaciones secretas. Las cartas en español eran al parecer de Armenteros. La regenta habla del duque de Alba en estos términos: «Per il remedio delle cose di qui et anco per sua reputatione et profitto, V. M. non poteva fare piu contraria ellectione che quella del duca d'Alba... per esser lui tanto odiato in questi paesi che bastaria lui solo á far odiosa tutta la natione spagnuola.»

(2) *Doc. inéd.* tom. XXVI, pág. 467, carta del 9 julio 1545.

(3) *Ibid.* el comendador mayor al emperador, 13 agosto 1545. Véase también Sandoval, lib. XXVII, párrafo 4.

(4) Strada, *De bello Belgico*, tom. I, pág. 609. «Humero elatior, et tibia altera longior.»

(5) En el Museo de pinturas de Madrid y en la galería del duque de Oñate.

(6) El obispo de Limoges al rey, 1.º marzo 1560, Colec. de Luis Paris, pág. 391.

(7) Colec. de Luis Paris, pág. 272, carta del 23 febrero 1560.

(8) Cabrera, lib. V, cap. VII.

(9) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 207.

(10) *Ibid.*, tom. XVIII, pág. 537.

(11) El 19 abril 1562. La carta es del obispo de Limoges á Catalina, fecha 11 de mayo siguiente. Ms. Bibl. nac. franc. 16103, f. 227.

(12) Es la version del embajador inglés. Ms. Rec. of. n.º 46, Challoner to the queen, 11 may 1562. «The prince in hasty following of a wench daughter to the keeper of the house, fell down a pair of stairs, broke his head.»

(13) Los dos médicos oficiales redactaron sendas reseñas de la dolencia: el doctor Olivares (*Doc. inéd.* tom. XV, pág. 553 y siguientes) estaba lleno de confianza en su mérito y de despecho por la consulta de Vesale; el doctor Dionisio Daza Chacon (*Doc. inéd.*, to-